

Salvador Allende y la renovación socialista

Jorge Arrate, Oscar G. Garretón, Osvaldo Puccio, Ignacio Walker

Foro organizado por el Instituto para el Nuevo Chile en colaboración con el Centro de Estudios Salvador Allende (Puebla, México) en el Hotel Libertador, Santiago de Chile, 26 de abril de 1988, bajo la conducción de Arturo Sáez; elaboración de los textos transcritos, Silvia Alvarez.

Ignacio Walker: Agradezco la invitación a participar junto a connotados socialistas chilenos para hablar, desde una perspectiva académica y como demócrata cristiano, sobre un tema tan importante como el que nos reúne hoy. Pretendo hacerlo con el respeto que me inspira el testimonio del último presidente constitucional de Chile, abordando la rica historia del PS en relación con el llamado proceso de renovación socialista, para concluir con algunas breves reflexiones sobre las relaciones entre el PS y la DC.

Sin duda, el gran legado de Allende es haber propiciado un socialismo en democracia, pluralismo y libertad, que él definió como un segundo modelo, distinto de la dictadura del proletariado. Pero desgraciadamente este proyecto allendista no encontró en el seno de la izquierda y especialmente al interior del PS, el correlato de un socialismo democrático claramente consecuente con esta idea.

El PS evolucionó desde una etapa populista, caracterizada por una ambigüedad y a lo más una visión puramente instrumental de la democracia, hacia un proceso de creciente leninización o cubanización, en que la posición socialista democrática resultó siendo minoritaria. No hay que olvidar que el antecedente fundamental del PS es el *putsch* militar de 1932, que dió origen a la efímera República Socialista y, por lo tanto, no emerge del libre juego de las instituciones democráticas.

En su declaración de principios, de abril de 1933, ya está insinuada esta ambigüedad: "La transformación evolutiva por medio del sistema democrático no es posible"; esto, en virtud del carácter de clase que se le atribuye al Estado.

Al ingresar al Frente Popular, en 1936, el PS aclara que "la democracia política es sólo un instrumento útil y temporal que no conducirá al proletariado al poder". Es decir, aunque inmerso en las instituciones de la democracia representativa, subsiste esta contradicción como producto de los rasgos populistas del primer período del PS. El grovismo, el Frente Popular, las influencias del APRA en Perú, los adecos en Venezuela, etcétera, dan cuenta de esta tendencia en América Latina durante la década del 30. Y es de la esencia del populismo mantener esta ambigüedad, ya que lo que le interesa es la realización de reformas antioligárquicas, cualquiera sea la forma política: democrática o autoritaria.

Para entender esta contradicción, hay que recordar que la generación que asume el liderazgo del PS en 1946, encabezada

por Raúl Ampuero, venía de sufrir la decepción del Frente Popular y su excesivo parlamentarismo y electoralismo, lo que genera una visión peyorativa de estas prácticas al interior de la democracia representativa. Justamente superar esta ambigüedad fue el gran intento de ese hombre genial e intelectual sin par, Eugenio González. El sostuvo como tesis central que socialismo y democracia son inseparables: "No hay oposición —dice— entre el liberalismo político y el socialismo democrático", y afirmó que socialismo y democracia son inseparables.

Es más, en forma casi profética, en su último discurso en el Senado, Eugenio González constata que "la democracia chilena peligra de no producirse entre los partidos progresistas un acuerdo de mayoría para apoyar las reformas sociales". "De los partidos de avanzada social —advierte en otra de sus intervenciones— depende que nuestra democracia representativa, de la cual tanto nos enorgullesemos a pesar de sus graves tergiversaciones, siga su curso regular perfeccionando las instituciones libres y abriendo cauce a las transformaciones económico-sociales... O vaya a desembocar en conflictos que imposibiliten la continuidad del Estado de derecho". Una verdadera anticipación de ese gran desencuentro, en la década del 60, entre las fuerzas de avanzada social y especialmente el PS y la DC.

Pero este intento de Eugenio González quedó —desgraciadamente y en el propio seno del PS— en el olvido. Primero, por el intento de distanciarse del Frente Popular, que habría desperfilado el rasgo revolucionario del socialismo chileno y, segundo, por la influencia de la revolución cubana, que apartará cada vez más al PS de las instituciones democráticas y que lo lleva a una despiadada crítica a la vía electoral porque demuestra que es posible saltarse la etapa de la revolución democrático burguesa.

En sus congresos durante la década del 60, el PS opta por una definición leninista y abraza —al menos en su texto—, la vía armada; pero al mismo tiempo, en 1967, elige a Aniceto Rodríguez como secretario general. Será en 1971 que los "elenos", incorporados al Ejército de Liberación Nacional, logran controlar a 28 miembros del comité central. Incluso los delegados de Aniceto Rodríguez quedan sin representación en este nuevo comité central. Y es en este contexto que Salvador Allende asume el poder y plantea un socialismo claramente democrático, intentando, como Eugenio González, romper con esta ambigüedad, afirmando el carácter democrático del socia-



lismo chileno en contradicción con la reciente evolución del PS.

Hay dos imágenes que se han formado —incluso en la izquierda—, de Salvador Allende. La del combatiente que murió con el fusil en la mano y que llamó a oponer la violencia reaccionaria con la violencia revolucionaria (que es la que toma el PC en los últimos años) y otra, la del reformista que queda corto en el rasgo revolucionario del PS. Pienso que ambas son tergiversaciones que desconocen aquel socialismo democrático y consistente que él llamara “una creación original del pueblo chileno”. Y no es que Allende fuera indiferente a las luchas de liberación del Tercer Mundo... El sólo reclamó la especificidad del proceso político chileno que daba cuenta de una democracia avanzada y requería de fórmulas originales.

Creo que el gran elemento de la renovación socialista es rescatar lo que para Allende y González fue evidente: la vocación democrática del socialismo chileno. Una democracia que pasa a ser apreciada —como dice Jorge Arrate—, como “espacio y límite de la acción política”, superando la visión instrumental y ambigua. Y lo que lleva a este proceso es el impacto traumático de la dictadura y la violación de los derechos humanos. En 1946, Haya de la Torre dijo refiriéndose a los

socialistas chilenos: “desprecian la democracia, porque no les ha costado nada adquirirla. Si sólo conocieran la verdadera cara de la tiranía...” El haberla conocido en el Chile de hoy, ha llevado a esta profundización y revalorización de la democracia chilena. Con influencias del socialismo europeo en un doble sentido: de crítica a los socialismos reales y autoritarios del este y aprecio del socialismo europeo occidental, sin que implique adoptar el modelo socialdemócrata.

Esto produce un desgarramiento muy grande en la izquierda, como producto del desmoronamiento de los modelos socialistas de antaño. Carlos Ominami apunta: “Más de medio siglo de historia real, ha hecho perder al socialismo su capacidad de evocar el paraíso en la tierra. Al perder su virginidad, el socialismo ha dejado de ser algo evidente. No nos cabe sino vivirlo como problema.” Una cita de Eugenio Tironi nos muestra también el sentido profundo de este proceso: “Sentimos cada vez más el frío y, otros, la vergüenza de la desnudez. Carecemos de ese cuerpo teórico y de esas convicciones inmovibles, protectoras, fundantes.” Fenómeno que responde además a una crisis mayor: la del marxismo y la propia idea del socialismo, que se discute hoy en las ciencias sociales pero que no significa

DEL IDEAL A LA CONVENIENCIA

“El general Matthei manifestó que ‘a veces uno tiene un ideal hermoso y después tiene que tomar las medidas que mejor corresponden desde un punto de vista político. Mi ideal es nombrar un candidato civil, pero muchas veces hay que realizar lo que en un momento dado es más conveniente hacer’.”

El Mercurio, Santiago de Chile, 5 de marzo de 1988.

Comando Socialista por el No

Oswaldo Puccio

En el desarrollo de los procesos sociales hay organizaciones que surgen casi espontáneamente, para cubrir una necesidad muy puntual y específica, pero que encierran en sí potencialidades y posibilidades que van más allá de lo que sus promotores pensaban al momento de generarlas.

Así ha sucedido con el Comando Socialista por el No, cuya cacofónica sigla es COSONO.

Surgió inicialmente por la necesidad de aquellos partidos, grupos e iniciativas que desde la izquierda iban plegándose al gran movimiento nacional por el no de enfrentar el nuevo proceso político que se iniciaba en forma común y coordinada. No era un reemplazo de la Izquierda Unida —como algunos quisieron ver— sino un complemento necesario y confluyente con ella.


Nacía así como coordinación, pero al mismo tiempo como necesidad de llenar un vacío. Por razones que no es del caso explicar ahora, en esa campaña por el no faltaba hasta entonces la presencia de sectores populares —y muy concretamente de la izquierda— que han sido determinantes en el desarrollo democrático chileno, duramente afectados por estos años de dictadura y a cuya exclusión, por lo demás, ha estado orientado todo el modelo pinochetista.

El COSONO se convertía así en el lugar de sectores de la izquierda, mayoritariamente de la Izquierda Unida, que estaban por darle una clara impronta popular y movilizadora a la campaña, en el entendido que esta es una vía de derrota política de la dictadura y que al mismo tiempo es un camino de educación, organización y movilización de vastos sectores de masas que han estado ausentes o han sido desplazadas de la política y la vinculación de ésta con sus reivindicaciones e intereses más sentidos.

El COSONO es por tanto una forma

concreta y orgánica de enfrentar esta campaña en lo que tiene de lucha antidictatorial, asumiendo la forma singular que adquiere en el marco de una disputa de sesgo electoral.

Pero en el COSONO hay también el germen de un nuevo tipo de alianza y de un nuevo tipo de fuerza. De alianza, en tanto la izquierda en la nueva situación ha de buscar formas de agrupación que superen la tradición simplemente sumatoria que viene de los años 30 del presente siglo y se enfrenta al capitalismo —que ha sabido renovarse— con una propuesta de transformación y cambio revolucionario de la sociedad, en la que se sintetizan intereses plurales y disímiles en una perspectiva común de búsqueda de realización colectiva. Y en esta tarea, hoy en Chile, la existencia de una fuerza socialista amplia y fuerte, que se imbrique profundamente en la sociedad y sus actores, es el gran desafío. A esta fuerza deben concurrir vertientes de diverso signo, que hagan aportes de distintas culturas políticas, diferentes comportamientos sociales, que representen intereses disímiles y se unan en el cauce común del socialismo, cuya renovación consiste, en mi concepto, en asumir los cambios de la sociedad contemporánea sintiéndose parte orgánica e integrante de los sectores que a nivel mundial han superado o están por superar el capitalismo.

El COSONO es por tanto el sujeto táctico de sectores socialistas para enfrentar desde la izquierda y con los sectores populares, a través de la movilización, la actual coyuntura para recuperar la democracia; y es germen estratégico de una fuerza socialista en que concurren marxistas, laicos y cristianos, que ven la solución a los problemas de nuestro pueblo en la ruptura con el imperialismo y la superación del capitalismo a través de la profundización y ampliación de la democracia. 

que el tema esté agotado; hay una revisión, un reestudio y, por lo tanto, hablamos de renovación socialista y no de extinción.

Para terminar, quiero plantear tres preguntas sobre lo que puede ser la evolución de este proceso en nuestro país.

Primero: ¿hasta qué límites se llevará adelante este tema en Chile? Algunos, como José Joaquín Brunner, hablan derechamente de un socialismo post-utópico, post-revolucionario. Otros, como Arrate y Nuñez, reivindican la dimensión utópica del socialismo y no descartan un concepto revolucionario, aunque distinto al clásico marxista. Entonces... ¿cómo se va a resolver internamente esta cuestión en términos ideológicos?

Segundo: ¿cómo se expresará este proceso en términos orgánicos? El socialismo renovado, como discusión intelectual y construcción teórica está —creo yo— bastante consolidado y ésa es su fuerza. Pero, ¿qué forma orgánica adoptará en definitiva?

Tercero: ¿hasta qué punto este proceso será un factor de obstáculo para la reunificación socialista? Cuando se analiza el quiebre del 79, se encuentra un abismo ideológico entre el PS de Almeyda y el PS de Altamirano (hoy llamado Nuñez). Pero... ¿qué pasará cuando ambos partidos se enfrenten al primer desafío electoral? ¿Cómo pesarán dichos factores ideológicos frente a una cultura socialista que si bien nunca le ha hecho asco a la división, tiende siempre históricamente a la unidad? A pesar de la brecha entre un socialismo leninista y uno democrático, es difícil que el socialismo renuncie a la revolución, a la visión utópica, a la unidad socialista... Frente al escenario electoral ¿qué tanto podrán subsistir estas definiciones?

Oswaldo Puccio: Me siento provocado por la intervención de Ignacio Walker en muchos y muy positivos sentidos. Sobre todo, porque los socialistas tienden a ser muy cerrados en este difícil tema del socialismo, incluso con aquellos que han llegado de otras vertientes y a los que de repente se les resta legitimidad en sus opiniones.

Quiero concentrarme sin embargo, en la personalidad de Allende y en los contenidos centrales de su pensamiento, más que abarcar el problema global del socialismo que está, desde luego,

El PS y el PPD

La izquierda y la nación

Marcelo Schilling

supuesto en la difícil relación entre Allende y la renovación socialista.

Cuando Lenin se refiere a Marx en la frase inicial de *El Estado y la revolución*, dice que la reacción ataca violentamente a los revolucionarios cuando están vivos. Pero cuando mueren, busca hacer como el contenido revolucionario de sus proposiciones, convirtiéndolos en ídolos inocuos. Y con Allende existe esta tendencia, como también la de transformarlo sólo en el Allende del 11 de septiembre.

Su personalidad es multifacética porque refleja y concentra un período muy contradictorio de la sociedad chilena. Es el líder que permanentemente se define como marxista leninista, pero al mismo tiempo el disciplinado miembro de la gran logia. Es presidente de la Organización Latinoamericana de Solidaridad —que apoya la guerrilla en el continente— mientras preside el Senado en Chile. Pero además de ser una personalidad contradictoria, como líder político y dirigente, tiene una relación singular con su partido. No hay que olvidar que fue elegido miembro del comité central por última vez el año 1951, y hasta 1973 no ocupa nunca un cargo de dirección. Muy por el contrario, el PS tiende a rechazarlo como el líder natural que era.

Creo que hay que analizar esta complicada relación desde tres puntos de vista. Uno es el contenido de su pensamiento político. Allende es obviamente un revolucionario cuyo pensamiento y acción están orientados a superar radicalmente el sistema capitalista. No propone reformas; muy por el contrario, consecuente con su formación marxista, propugna la superación efectiva del sistema desde la perspectiva de las condiciones materiales de existencia, producción y reproducción del capitalismo. Esto es, la propiedad social sobre los medios de producción, de cambio y de distribución, lo que se consagra en el programa de la UP y permanentemente en sus discursos entre 1952 y 73.

Allende es también un antimperialista que lucha por superar radicalmente las relaciones de dependencia entre los países de América Latina y EEUU. No hay uno sólo de sus discursos que no haga referencia expresa al imperialismo como fenómeno en Chile y, en esos términos, en este marco, podríamos hablar de la vocación latinoamericanista del PS.

Cual Hercules, el Partido por la Democracia (PPD) ha debido superar duras pruebas para existir y ayudar a crear las condiciones del éxito de la democracia frente a la dictadura en Chile. Todavía le faltan las más difíciles y decisivas.

Nacido para cumplir la tarea nacional de servir como cauce a la organización y acción antidictatorial de todos los chilenos interesados en el cambio democrático, sin excepciones, la impronta original del PPD es, sin duda, de izquierda.

Es en el Partido Socialista (PS), dirigido por Ricardo Nuñez, donde se incubó la idea —a través de Ricardo Lagos, finalmente presidente del PPD— y donde se forjaron la voluntad y la estructura organizativa suficiente para recoger la adhesión ciudadana independiente. Simbolizada ésta por Pilar Armanet, sus fronteras son graficadas por las personalidades políticas de Armando Jaramillo y María Maluenda.

Para llegar a ello, el PS hubo, primero, de vencer sus reticencias internas a retirarse de la Alianza Democrática y, luego, los cantos de sirena, de afuera y de adentro, tendientes a reinsertarlo en una "izquierda unida", ya fenecida primero por su derrota y, en seguida, por su escaso anclaje en el país real.

El PS hubo de vencer, en definitiva, el vértigo aliancista que le impedía perfilar su propia alternativa y ponerse al frente de una nueva izquierda nacional, cuya hegemonía y cristalización, crecientes, se originan en el PS y se potencian en el PPD.

Siendo de izquierda la marca inicial del PPD, su proyección es de responsabilidad frente a las mayorías y al conjunto de la nación. De hecho, por su claridad de objetivos, decisión democrática y valentía antidictatorial, el PPD arrastró hacia sí la simpatía de los sectores juveniles y populares culturalmente izquierdistas del país; así como, por su eficacia y capacidad de hacer coherentes los dichos con los hechos, de cumplir lo prometido, también cautivó a importantes sectores medios de tipo profesional, funcionario y empresarial.

Más allá de la composición social de su convocatoria, sin embargo, el futuro de responsabilidad nacional y de mayorías del PPD está directamente asociado al éxito de sus contribuciones en la recuperación de la democracia para Chile y en la emergencia de una nueva izquierda, claramente orientada por el socialismo renovado.

Por el liderazgo nacional de Lagos y por la energía política y social reunida en su seno, el PPD es portador de una contribución insustituible en la movilización y la campaña del no en el plebiscito. El entusiasmo y la pasión que desata no tienen equivalentes hoy en el país.

Pero esta realidad no puede conducir al PPD a la soberbia del *primus inter pares*, pues ello comprometería su carácter de alternativa de izquierda nacional para Chile. Por su origen y rasgos distintivos, el PPD está más bien llamado, en lo inmediato, a respaldar la salida democrática de integración y unidad nacional, para así cumplir a cabalidad con el propósito fundamental de su nacimiento: la superación política, pacífica, ordenada y rápida de la dictadura y la construcción de una democracia auténtica y estable en nuestra patria.

Sólo así las mujeres y hombres del PPD que, siendo o no socialistas, adhieren todos —intuitiva o racionalmente— a un programa de democracia y cambio por la justicia social, pueden ser el camino futuro de las mayorías y de la nación.

El PS, con la fundación del PPD, ha hecho su mejor aporte a la causa de la libertad y de la justicia social en Chile. Aunque las luces no estén ahora centradas en él, está obligado por historia, solidez institucional y crédito nacional, a proponer un camino viable de transición democrática. El país se lo exige y se lo reconocerá; como hoy le aplaude su generosidad en la creación del PPD.

Para quienes se impacientan por la actual opacidad socialista frente a la luminosidad del PPD, vaya el recuerdo del dicho del arriero, en el corrido *El rey*: "no hay que llegar primero, sino que hay que saber llegar". ❧

Y va todavía más allá... Solidariza constantemente con todos aquellos países que se contraponen básicamente al imperialismo norteamericano. Esto se refleja no sólo en su relación con la URSS y los países socialistas, sino también, en el contacto que tiene con los países de África, Asia, China y especialmente con Vietnam. Incluso en el carácter simbólico, como se reflejó cuando al iniciarse la última campaña de Allende en el estadio Nataniel rindió un homenaje a Ho Chi Min.

A partir de esta posición profundamente anticapitalista y antimperialista de Allende es que hay que entender el carácter democrático de su pensamiento. Pero no en términos liberales, en los cuales a partir de la democracia se colige todo el resto de los factores políticos; muy por el contrario, Allende concibe la democracia en relación a la superación del capitalismo y la ruptura de los vínculos con el imperialismo. Eso es lo que hace singularmente socialista su pensamiento y Allende, que no era un teórico en los términos estrictos de la palabra, entiende el problema de la democracia como la participación efectiva de las mayorías en el proceso político nacional. Para él la democracia es comprendida como un ejercicio mayoritario de representación a través del sufragio, el Parlamento y otras formas, como las que trató de implementar durante su gobierno.

En esto de la democracia, ni siquiera se compromete con una concepción abstracta de la violencia. Creo que tiene una comprensión adecuada y muy marxista de este problema. En el último período de su vida era reiterativa la afirmación de que a la violencia reaccionaria debía oponerse la violencia revolucionaria.

La segunda perspectiva, es su participación y la relación que entiende con la democracia representativa o, como él la llamaba, la democracia burguesa y que tiene que ver con una adecuación inteligente, creativa y revolucionaria a las condiciones nacionales. Allende entendía las instituciones parlamentarias no sólo en un sentido instrumental sino que, básicamente, comprendía el carácter de gradualidad de las conquistas de los trabajadores en este país. Dada la estructura político-social chilena, esos logros iban siendo graduales y acumulativos y el parlamentarismo no era sólo un vehículo, sino también, una forma como se iba expresando y agregando la suma o la adición de estas conquistas.

Y en ese marco se inscribe lo que para Allende era casi una superstición: la unidad de los trabajadores como el sujeto necesario e indispensable para cualquier transformación social en Chile. La entendía como la expresión de la unidad de los partidos de los trabajadores. Comprendía este vínculo especial entre los partidos, su representatividad y las clases.

Menciono apenas la tercera perspectiva, que me parece muy importante: es esta muy compleja y contradictoria relación entre Allende y el PS. Y si me permiten una sola visión crítica del papel de Allende, creo que, si tuvo una debilidad estructural en su proyecto, fue el no haber dedicado el tiempo, la voluntad, y el esfuerzo necesarios para construir un partido funcional a su propio proyecto político. Más bien dejó hacer al PS, que permanentemente fue un partido disfuncional a ese proyecto allendista, al menos en términos cupulares. Y aquí hay una nueva contradicción, porque si a ese nivel el PS era disfuncional, en términos de base, de militancia, sí era partidario del proyecto de Allende.

Jorge Arrate: En lo central tiendo a coincidir con los elementos objetivos que han planteado Ignacio Walker en su provocativa e interesante presentación de la historia del PS, y Osvaldo Puccio, que sintetizó e interpretó el pensamiento de Allende. Como no es el caso polemizar en lo que no estamos de acuerdo, quiero referirme al tema como lo había pensado antes y hacer una especie de paralelismo convergente, si es que existe tal concepto, con los anteriores planteamientos.

Al hablar de renovación, siempre recuerdo el título de uno de los libros de Lenin: *¿A qué herencia renunciamos?* Y me he preguntado entonces ¿qué herencia reivindicamos? Porque la renovación no es responder a que renunciamos, sino a como somos capaces de visualizar el proceso de destrucción y reconstrucción, la superación de lo viejo por lo nuevo, que son procesos dialécticos y, por lo tanto, muy complejos. En ellos, destruir no es un acto de renuncia, como construir tampoco es aplicar una varita mágica para presentar un edificio completamente nuevo que sustituya al que había.

¿Por qué traer a Allende a colación en el proceso de renovación? Porque creo que fue un hombre de su época como los socialistas, políticos de izquierda y jóvenes que lo seguimos, que fuimos y somos anticapitalistas, antimperialistas, latinoamericanistas. Pero lo que a Allende lo hizo singularmente distinto son —a mi juicio— dos elementos muy importantes de su pensamiento.

El primero, no era el concepto de democracia en el socialismo, sino la idea de que la democracia burguesa era un terreno propicio para desde allí emprender un proyecto de construcción socialista. Allende buscaba referentes teóricos, como el discurso de Marx en Amsterdam en 1872 o el de Engels de fines de siglo, para dar basamento teórico a esta segunda vía.

Y el segundo elemento, fue su infinita capacidad de comprensión del fenómeno de pluriiformidad del socialismo; de que el socialismo era, y lo es todavía, una búsqueda, un proceso de

OPOSICION GANOSA

“— ¿Qué hay del candidato?

(...) el plebiscito... es en el segundo semestre y no hay ninguna razón para estar creando una situación de intranquilidad política, en la medida que la oposición está muy ganosa para tomar la Presidencia de la República, así que ¿para qué vamos a nombrar a alguien antes?”

Almirante José T. Merino; *La Época*, Santiago de Chile, 8 de marzo de 1988.

investigación social que se hace en la práctica. Desde la revolución de Octubre, sus experiencias han estado permeadas por esa provisoria en cada una de las políticas que emprende y los resultados que obtiene. El socialismo es heredero de profecías incumplidas. Marx auguró que la revolución se iba a iniciar en los países de más alto desarrollo industrial, donde existiera una clase obrera fuerte y organizada y comenzó en un país agrario, con una clase obrera pequeña pero aguerrida y de vanguardia. También dijo que el socialismo se expandiría a un ritmo rápido y universal, pero los procesos que intentaron seguir a la revolución de Octubre fueron derrotados y al final de sus días Lenin, y posteriormente Stalin, teorizaron sobre el socialismo en un sólo país.

En este sentido, como alguien dijo, estamos en la prehistoria de un socialismo que tiene en el mundo como cristalización estatal 70 años de diversos experimentos sociales. Allende lo entendía y no se casaba con los acontecimientos que ocurrían en otras latitudes. Mientras los socialistas se fascinaban con el APRA, el fenómeno yugoeslavo de la autogestión y la lucha autónoma de Tito el 48, el proceso chino, la revolución cubana, mirándolos como posibles modelos para aplicar en Chile, Allende jamás. El los apoyó y legitimó a todos, con un sentido de solidaridad socialista y antimperialista ejemplar, pero no se comprometió con ninguno. Son estos los elementos que lo vinculan a este fenómeno que llamamos de renovación socialista.

Pero hay que decir con franqueza que serían un abuso vincular directamente el pensamiento de Allende a lo que ha sido este proceso después de 1973, porque él es un hombre que es patrimonio del país y no sólo de los socialistas. Está en el universo de los O'Higgins, de los Portales, de los Balmaceda, de los grandes hombres de Chile. Y debería ser orgullo para los socialistas que Allende, un socialista, sea capaz en su mensaje y acción de representar una parte muy importante del alma y el espíritu nacional.

Ahora hay dos maneras, entre otras, de mirar la renovación. Porque Allende fue también heredero del grupo encabezado por Eugenio González, ese gran teórico que escribió la introducción

Las opciones socialistas por el *no*

Carlos Furche

El período político abierto en 1987, cuyos rasgos principales se han acentuado rápidamente durante el presente año, ha precipitado un importante proceso de definiciones, en las que han predominado con nitidez las urgencias de la política vista con un claro sentido operacional, que hace necesario armonizar simultáneamente la firmeza y claridad en los principios con la obligación de actuar en un escenario no buscado por las fuerzas democráticas, pero real y exigente.

Es en este contexto que debe entenderse la constitución del Comando Socialista por el No (COSONO), que agrupa a los partidos de la Izquierda Unida que se han integrado a la concertación nacional conformada con este propósito. Desde su inicio, nos planteamos como objetivos la incorporación de la izquierda, en su dimensión política y social, a la campaña de rechazo a la dictadura en el plebiscito y la coordinación eficaz con las restantes fuerzas democráticas concertadas por el *no*.


Pasados poco más de tres meses desde el lanzamiento oficial de esta iniciativa, nuestra evaluación es altamente positiva en relación al cumplimiento de los mencionados objetivos. En efecto, durante este período hemos sido claramente una expresión de la izquierda y del socialismo, incorporado activamente en una campaña que ha ido adquiriendo crecientemente un carácter de desafío y preocupación nacional de primera magnitud, lo que nos ha permitido sumar fuerzas a esta tarea que, de otra forma, no hubieran contado con un canal adecuado de expresión y que por lo tanto muy probablemente se hubieran mantenido en una negativa pasividad. Simultáneamente, ello ha favorecido la expresión de una izquierda que es capaz de recuperar sentido y vocación nacional, factor que aportó decisivamente para hacerla grande en el pasado y sin el cual difícilmente conseguirá recuperar un rol relevante en el futuro.

Por otro lado, la incorporación de las fuerzas representadas en el Comando

Socialista a la Coordinación Nacional que conduce la campaña por el *no*, ha sido también una contribución efectiva al esfuerzo del conjunto de los sectores democráticos, ampliando su pluralidad y representatividad.

Como es natural, todo lo anterior, que consideramos debe ser colocado en el haber de esta experiencia, deja abierto un promisorio campo de posibilidades, pues el trabajo en común continúa siendo el mejor expediente en la búsqueda y profundización de concertaciones de largo aliento; y ha sido precisamente el trabajo a nivel de direcciones nacionales e intermedias, así como el contacto de los militantes en la base, una de las dimensiones más enriquecedoras de este encuentro de fuerzas socialistas señaladas por la pluralidad en su origen ideológico-cultural e inserción social.

Esta última reflexión se vincula con el hecho que, luego del plebiscito, se abrirá una nueva etapa política, también altamente exigente en cuanto a la certeza y oportunidad de respuesta de las fuerzas democráticas. En ese cuadro, será inevitable para el conjunto de las fuerzas socialistas —hoy agrupadas en el COSONO y en el PPD— buscar canales y mecanismos para operar efectivamente como instrumentos gravitantes que permitan asegurar un tránsito rápido hacia la democracia, capaz de abrir simultáneamente una perspectiva de gobernabilidad y estabilidad política y un horizonte de justicia y transformación social.

La interrogante que nos queda planteada —y que en el corto plazo exigirá respuesta— es el grado de perfil propio, autonomía y voluntad de incidencia real en el proceso político que los socialistas estamos dispuestos a asumir. Para ello, en este período se han dibujado opciones diversas, encarnadas justamente en el PPD y en el Comando Socialista. Resta saber si en el período que se iniciará en los próximos meses seremos capaces de generar condiciones de mayor proximidad, o por el contrario se acentuarán las tendencias actuales. 



al programa de 1947 cuando todavía no habían sido publicados los *Cuadernos de la cárcel* de Gramsci, cuando no se habían desatado en el mundo la guerra fría, cuando ser socialista autónomo, hereje, era una gracia muy grande.

Pero al leer ese programa hoy día, hay cinco órdenes de cosas que —a mi juicio— hay que renovar, sin perjuicio de otras que habría que discutir. Porque fue escrito hace 40 años y hay temas como el de la paz y la violencia o las relaciones internacionales que cualitativamente se han modificado. Ese año, aún las superpotencias no nos habían llevado a los niveles del empate de terror nuclear de hace poco, el que afortunadamente ha entrado en un ciclo de distensión y limitación de armamentos. Nunca la violencia había alcanzado en la historia el potencial de hacer desaparecer la especie humana. Y en el programa del 47 no se menciona tampoco ni una sola vez el problema de la mujer, ni el racismo que hoy conmueve sociedades de distintas latitudes, ni tampoco el de la religión y la religiosidad. Y tendremos que coincidir que en las últimas décadas del siglo XX, los elementos religiosos tienen un valor de explicación política de fenómenos extraordinariamente importantes en el mundo.

Tampoco encontramos un enfoque del sistema económico internacional que de cuenta del ensanchamiento de la brecha entre norte y sur ni de la transnacionalización del capital, porque es un documento que corresponde a una época en que estos fenómenos aún no se habían desarrollado. Hay entonces un gran espacio y una temática para renovar en el pensamiento socialista.

Otro enfoque posible, es el que tiene que ver con la crisis de determinadas certezas, como la crítica al modelo marxista tradicional de la izquierda. No quiero decir que sea una idea inadmisibles dentro de la izquierda, pero distinto es considerarlo como la única visión legítima y válida.

Un segundo elemento es la reevaluación del pasado y la experiencia dictatorial; tercero, la revaloración del sistema de la democracia política; y cuarto, la discusión de las tesis relativas al concepto de partido y a su relación con los movimientos sociales.

Sobre esto de la renovación, he sentido que se ha tendido a

establecer una frontera dentro del espacio socialista y durante mucho tiempo se habló de socialistas renovados y socialistas no renovados. Pero hoy tengo una percepción distinta de la situación... Este proceso no es patrimonio de un sólo sector; creo que hay un proceso de renovación del conjunto de la izquierda chilena que va a afectar a los socialistas, porque además es un proceso universal. Las crisis del marxismo que mencionaba Ignacio Walker, son en el sentido de críticas y no desmoronamientos.

Soy optimista en sostener que la renovación hoy, con todos sus vaivenes, abre un espacio con capacidad de diálogo para los socialistas y no es un proceso que divida. Nos involucra a todos y, aunque no logremos ponernos de acuerdo, es un lugar que compartimos, porque es un debate necesario de los socialistas.

Quiero terminar señalando que, si nos referimos a Allende hoy, es para aprender lo que hizo bien y lo que hizo mal. Allende no debe ser sustituto de íconos e ídolos ideológicos, sino que debemos tener una visión crítica, laica, no religiosa, de este gran político, este héroe, este ser humano extraordinario. En esa perspectiva tenemos que leerlo analíticamente y en este sentido coincido en una crítica de la obra de Allende; y es que a lo mejor no tuvo el tiempo —porque las tareas eran muchas— de haber orientado y dedicado un mayor esfuerzo a formar un partido que fuera capaz de tener una plena concepción del proyecto que él intuía. Tendió a marginarse excesivamente de la vida partidaria, en este afán de hacer una política nacional que trascendiera a las masas, que no quedara enclaustrada en esa tendencia sectaria que a veces tenemos los socialistas de discutir sólo al interior del partido y no dejar que las cosas salgan hacia afuera.

La segunda observación en esta lectura crítica, es que Allende efectivamente planteó como uno de los ejes de su proyecto la unidad de los trabajadores a través de los partidos que se denominaban como tales. Pero creo que esos no eran todos los partidos de los trabajadores y me inscribo en una posición mucho más amplia que la que primó durante 25 años de historia del PS, y que se fundó en la existencia del eje socialista-comunista. Hoy, me incorporo a una concepción más diversificada de las clases trabajadoras chilenas y que está englobada en lo que hemos denominado el bloque por los cambios, que puede asi-

milarse, además, a un concepto que estuvo de moda cuando nos hicimos alternativos la izquierda y los demócratacristianos con dos proyectos progresistas, que se llamó la unidad política y social del pueblo. Y este concepto, para las tareas que tenemos pendientes hoy, es más valioso, más importante y más eficaz que el anterior.

Oscar G. Garretón: Entiendo —como Jorge Arrate—, que el sentido de la renovación socialista tiene más que ver con qué uno deja o rescata del pasado. En el fondo, cómo uno cumple mejor el compromiso con el pueblo chileno de superar injusticias y conquistar la felicidad que se quiere alcanzar más adelante. Y creo que ese fue el aspecto clave que produjo una sintonía, una especie de enamoramiento, entre Allende y su pueblo, quien, a pesar de ser minoría en el CC, es el candidato del pueblo socialista.

Ese compromiso popular nos dejó un mensaje: buscar en nuestro pueblo una respuesta para el país y, desde aquí, la hermandad con otros pueblos. La verdad es que Allende fue un personaje bastante irreverente en su tiempo. Esto de ponerle empanadas y vino tinto a su proyecto no era sólo un problema de nombre. Era el sentido muy concreto de un proceso para Chile. Y muchos —incluso en las filas de la izquierda—, cuestionaban estas posiciones, sobre todo cuando soplaban los aires de la Revolución Cubana. Mientras muchos de sus partidarios cuestionaban la democracia burguesa, Allende se enorgullecía de haber sido parlamentario durante treinta años.

Hay que rescatar estas realidades de Salvador Allende porque una de las cosas que lo hace tener sentido en la renovación es su profunda capacidad de pensar y ser fiel a su pueblo y su nación, como clave para descubrir las transformaciones que la patria requería. Y creo que fue Allende el que menos se equivocó de todos nosotros en la Unidad Popular. No lo digo por el programa, ni el manejo del Banco Central o el Ministerio de la Vivienda. Allende tenía una intuición, palabra fundamental que hay que usar al referirse a él, porque no era un intelectual de programas. Pero cuando un político actor transforma sus intuiciones en realidad, ellas son elementos de cambio muy valiosos. Allende intuyó que dos ingredientes de la revolución y el alma chilena eran la democracia y el socialismo. Y no como referencia nostálgica a las socialdemocracias europeas, sino como un fenómeno nacional. A diferencia de otros países de América Latina, la democracia en Chile no fue una curiosidad sino construcción popular. Desde comienzos de siglo las fuerzas progresistas lucharon por ampliarla, mientras la derecha trataba de sujetar las riendas y estrechar espacios. La democracia que tuvimos, con sus defectos y virtudes, fue construcción

popular y por eso cuando Allende llega a ser presidente, no lo hace sólo porque muchos votaron por él, sino porque también otros que no lo apoyaron consideraban legítimo que un socialista gobernara el país. Y hoy vale la pena reflexionar sobre ello.

Otro aspecto interesante es que el socialismo es una parte importante de la historia de nuestro país. Los que hemos vivido en el exilio hemos podido constatar que esto que es tan natural en nuestra identidad, en otros países de América Latina es más bien una anécdota de grupos de café o universidades que discuten de revolución y socialismo, mientras sus pueblos andan por otros caminos. En Chile, a pesar de 15 años de dictadura, el socialismo es, probablemente, mucho más fuerte y vivo que en otros países latinoamericanos.

Estos ingredientes del alma popular chilena se transformaron para muchos de nosotros en una cosa a superar y no en una conquista que habíamos logrado con nuestras luchas... Hoy, esto hay que recuperarlo. No sólo en términos de unir más gente, sino rescatar los aspectos que Allende planteó como ingredientes fundamentales de cualquier lógico futuro para el país. Además, es importante también darse cuenta que hay un compromiso natural de renovarse en un mundo que normalmente siempre cambia..., aunque algunos no quieran darse cuenta.

Con todo el cariño y compromiso que siento por la UP, creo que es una parte de la verdad decir que nos derrotó el imperialismo. No estoy diciendo que es mentira que financiaron el golpe y que las fuerzas que estaban siendo desplazadas conspiraron de distintas maneras. Pero nosotros sabíamos y teníamos que prever que ellos actuarían en contra nuestra. Si nos derrotaron, es porque nos equivocamos en algunas cosas y ésa es una razón muy importante para descubrir qué rescatar y renovar.

Algo que hemos aprendido, es que en Chile hay y han habido vocaciones por los cambios, más allá de la izquierda. Esa fue una de nuestras grandes limitaciones, porque mucha gente que deseaba transformaciones terminó siendo masa de maniobra de los que propiciaron el golpe y esa es responsabilidad nuestra. No fuimos capaces de construir una convocatoria que agrupara a todas las voluntades de cambio.

Si hoy queremos una transformación del país, necesitamos algo que en calidad y extensión sea más de lo que fue la UP. En estos momentos la izquierda está más dispersa y es menos en ese sentido de lo que fue la UP, y por eso el desafío de la renovación es extremadamente grande.

Cuando ganamos en 1970, los tiempos parecían cortos... El progresismo avanzaba en el país y en el mundo. Las fuerzas de derecha estaban en extinción y eran una rara especie que se mantenía en naftalina. Por eso se los llamó "momios" y se hablaba de la "peluca del marqués Bulnes". El socialismo

OPINION SOSTENIDA

"Con respecto al candidato, el general Stange dijo compartir lo señalado por el comandante en jefe de la FACH, general del aire Fernando Matthei, en el sentido de que la persona que ocupe la Presidencia de la República 'no debe ser comandante en jefe de nada'. Precisó que 'es una opinión que comparto, lo dije hace ya bastante tiempo. Esa es mi opinión y no la he modificado'."

El Mercurio, Santiago de Chile, 16 de marzo de 1988.

estaba a la vuelta de la esquina... Pero hoy, ese camino pasa por un profundo cambio democrático que implica, desde el punto de vista programático, que lo que ahora tenemos que hacer no es exactamente lo mismo y es bueno explicitarlo políticamente.

Hoy el socialismo no es sólo alcanzar una meta; es una tarea cotidiana por terminar con las desigualdades y transformar a un pueblo en protagonista capaz de luchar por eso. Y son actividades importantes formar grupos de teatro, clubes juveniles, organizar sindicatos, porque de los pueblos capaces de hacer esas cosas puede surgir un pueblo que se una para decir *no* o construir tareas más grandes mañana.

Esta lucha es una cuestión muy concreta en un país de islas, en una nación que es menos unitaria que antes y dónde las desigualdades son tan tremendas que mientras algunos pagan 35.000 pesos mensuales tan sólo por la patente de su Mercedes Benz, un sindicato de trabajadores celebra haber conseguido 30.000 pesos de sueldo. ¡No es posible! Hay entonces, una revolución democrática que hacer. Y si la izquierda no la asume como tarea de los socialistas, nadie más lo va hacer. Porque a la primera dificultad con un sindicato, a los grandes empresarios les bajará la nostalgia por los tiempos del general y empezarán a golpear los cuarteles. Y si los trabajadores y el pueblo no defendemos hasta las últimas consecuencias esa democracia como proyecto futuro, ésta va a ser muy débil.


Otro punto de reflexión es el hecho de que vivimos oprimidos por un Estado omnipotente que nos ahoga. En el discurso pareciera que es la oposición la que reivindica al Estado y al régimen partidario de libertades antiestatistas. Y uno de los sentidos fundamentales para hacer de este pueblo protagonista es precisamente la desestatización de este país. Jamás existió un estatismo más delirante en nuestra historia... La manera de

pensar está en el Artículo 8° de la Constitución; las leyes son tan rigurosas que no hay semana en que no tengamos a varios periodistas presos o requeridos por la justicia; no hay privacidad en las casas, especialmente populares, donde a cualquier hora del día o la noche llegan señores que no se identifican ni rinden cuentas a nadie. ¡Y nos hablan de vida y empresa privada!

Y en la economía... El sector forestal, las obras hidráulicas, las viviendas populares, todo se hace con subsidios del Estado. Y no estoy en contra, por ejemplo, que un Pro Chile promueva en todo el mundo las exportaciones privadas. ¡Pero no hagamos una discusión de nosotros los estatistas versus este reino de libertades que reivindica Alvaro Bardón en sus artículos!

Pero el límite del paroxismo es que una institución estatal, como son las fuerzas armadas, se arrogue por sí y ante sí, el derecho de tutelar al conjunto de la ciudadanía porque no somos capaces de conducir al país por la buena ruta, y ellos deben incarnarnos por dónde van las cosas para que no nos equivoquemos en el futuro.

A mí me gustaría que este país se moviera al ritmo de los chilenos y en el fondo, el sentido principal de la renovación es un llamado a pensar. Ese es el legado de Allende.

Muchas de las tareas que tenemos por delante no tienen sentido sin un socialismo unido en torno al pueblo socialista que, en general, ha sido la principal víctima de la división. No ha sido actor y reclama su viejo partido unido... Creo que hay un proyecto de país más o menos común y que dándole espacio al pueblo socialista en una orgánica, va a salir un partido muy socialista; ni tan ortodoxo, ni tan pasado a la derecha, para que tengamos estas cosas que soñó e intuyó Allende y que son las tareas de hoy. 

Sobre el exilio se han escrito y descrito decenas de textos, opúsculos, separatas, estudios, etcétera. El exilio es un fenómeno que hiere a Chile como la garra de águila a su presa; o dicho de otra forma, como la pata de un dictador sobre su pueblo.

Pero el *Exilio* de Jorge Arrate no es un libro cualquiera. No es un libro más.

El vivió su exilio y el de miles y miles de exiliados. Y habla de lo que un exiliado siente al ser separado de su patria y de sus gentes, el corte del cordón umbilical. Es un documento, además y es una denuncia, también, de estos faraones modernos o pseudo humanos, avérrnicos, que creen disponer de las vidas humanas y de sus destinos.

Arrate es un narrador na-

to, un amante de la historia y un conocedor profundo de las almas de los hombres. Un chileno que se fue sin quererlo y que no se fue nunca en verdad, porque nuestros chilenos son así, nuestros chilenos socialistas son así, no hay fuerza humana ni divina que pueda quebrarlos, apartarlos de su tierra, hacerlos perder su identidad, fisurar siquiera su alma.

Para Arrate, es válido el pensamiento de Bertold Brecht: "¿Vale la pena preo-

cuparse por cuatro días? Mañana volverás"; es válido el Neruda del destino "y aún no es extraño que te falten las hostiles espinas de tu patria, el ronco desamparo de tu pueblo, los asuntos amargos que te esperan y que te ladrarán desde la puerta".

Y es válido el Huidobro del retorno: "El horizonte me hizo horizonte preparado a todo. La tarde me hizo alba para cantar de nuevo."

Allí, en Brecht, en Neru-

da y en Huidobro está Arrate, y con él muchos de los nuestros, me atrevería a decir todos.

El libro de Arrate dice al inicio: A Holanda. ¡Qué golpe feroz a la dictadura de Chile! El prólogo es de monseñor Tomás González y su primera edición data de marzo de 1987. Aconsejo a los jóvenes, a las mujeres y a los hombres, a quienes aún están amarrados a la voluntad de la tiranía, a quienes están en otras casas que no son sus casas y que habrán de retornar, que lo lean. Y también a los que aquí estamos, para que "nunca más" en Chile, para que se exilie el exilio, para que de ser posible, se proscriba en los textos esta palabra cruel.

Renato Cruzat. 

Lecturas

Jorge Arrate: *Exilio*; Documentas, Santiago de Chile, marzo de 1987.